

MARTHINYA PALACIOS ARANA



www.marthinyapalacios.com

TABLA DE CONTENIDO

I	SEUDÓNIMO	2
II	CUENTOS DE INFANCIA	4
1.	Ricitos de Oro	4
2.	Zapatillas de baile.....	4
3.	El muñeco Ricardo.....	5
4.	La madrastra	6
5.	La negra Rosa	6
6.	Mi hermano Jaime.....	8
7.	La casita de muñecas.....	11
8.	Pior es nada.....	12
9.	Martha la reina y sus primos	14
10.	Mis hermanos	17

I SEUDÓNIMO

El nombre



Mi nombre original es Martha Lucía. Desde siempre, mi padre me llamó 'Ña', una abreviatura de 'ñaña', la hija mayor, la guardiana, la que cuida. Ese 'Ña' está tejido con hilos de amor y ternura, un eco de su voz que aún resuena en mi memoria, dibujando una sonrisa en mi semblante cada vez que lo evoco. Cuando quise darle un nuevo vuelo a mi nombre, mi primera idea fue **Martaña**, abrazando ese 'Ña' que tanto significa para mí. Pero en el vasto universo de las redes sociales, la letra 'ñ' no tiene morada, no es viable.

Lucía, aunque elegido con devoción por mi madre, solo resonaba completo en momentos de regaño. Sin embargo, sus últimas letras, 'ía', siempre me parecieron un susurro de suavidad y melancolía que no quería perder. Descubrí además que, en otras lenguas, ese 'Ña' se transformaría en 'Nya', un sonido que, lejos de desdibujar su esencia, le confería un aire más universal.

La mayoría de mis seres queridos me llaman **Marthica**, un nombre que lleva impreso el cariño en cada sílaba, una caricia verbal que me reconforta. Así nació *Marthiña*, uniendo el entrañable 'Ña' a quienes forman parte de mi vida. Y mejor aún, *Marthinya*, la versión que cruza fronteras sin perder su alma, llevando conmigo nuestras historias, nuestras raíces, mi esencia y mi identidad a cada rincón del mundo.

Primer Apellido

Como relato en la introducción de mi novela ***Los secretos de La Floresta y el pandebono***, la tradición de mi familia italiana llegada a Colombia no otorgaba su apellido a su descendencia femenina y a pesar que con el tiempo eso cambió y hoy me corresponde portarlo, prefiero llevar con orgullo el apellido de mi abuela paterna: Palacios.

Dos de los personajes de mi novela, mi abuela con su dulzura infinita y su forma de transmitir amor a través de la cocina, los olores y sabores de su comida, la hospitalidad de su mesa, del pan recién horneado y, por supuesto, del exquisito pandebono, esa joya culinaria emblema de Cali. El aroma del café a las cinco de la tarde flotando en el aire como un hilo invisible que me une a su recuerdo. Su hermana, pionera y activista del voto universal, ferviente gaitanista y maestra del ajedrez, tenía una mente afilada y una presencia imponente; deslumbraba en las tertulias del Cali viejo, jugando de espaldas y enfrentando, con pasmosa facilidad, a seis oponentes expertos al mismo tiempo.

Dos mujeres, dos legados diferentes, pero una misma raíz: **Palacios**, el apellido que elijo llevar como estandarte del amor, la fortaleza, la inteligencia y la lucha.

Segundo Apellido

Para completar mi identidad, en mi segunda novela también hago homenaje a mi abuela materna, una mujer de coraje y pundonor. Era ella quien salía a buscar contratos para los productos que fabricaba mi abuelo, un químico soñador quien buscaba en ***La Quimera de la mina de oro*** esa riqueza esquiva. Mientras él perseguía su sueño, y desatendía sus deberes, ella resolvía todos los asuntos de la casa y velaba con temple inquebrantable por sus doce hijos, quien convertía los desafíos en oportunidades, quien hacía producir la fábrica con sus hijos como pequeños funcionarios. No solo aseguraba el pan de cada día, sino que también buscaba los mejores colegios para los muchachos, internados para las niñas y lo que no encontraba lo pedía y resumía en una frase “voy a buscar la madre de Dios”. Luchó hasta el final por sacar sus hijos adelante. Por eso, tomo el apellido de mi abuela materna con la misma convicción con la que ella enfrentó la vida: **Arana**.

Seudónimo: **MARTHINYA PALACIOS ARANA**

Quiero con este nombre honrar a mi ascendencia femenina, a las abuelas maternas y en ellas a todas las mujeres valientes del siglo XX, quienes abrimos el camino con nuestra lucha, nuestro esfuerzo y nuestra inquebrantable determinación. Contrario a lo que pensaba aquel sistema patriarcal, del que lamentablemente aún quedan raíces, fueron las mujeres de esas familias unas verdaderas guerreras. Quienes, con amor, mantenían unida a la familia alrededor de la mesa. Quienes salían a buscar el sustento, los colegios para sus hijos, las que forjaron y construyeron los hogares del siglo pasado. Sin ellas, no estaríamos aquí.

Fueron ellas quienes lucharon por el voto universal, el control de la natalidad; fue gracias a nuestro esfuerzo y me sumo al de millones de mujeres del siglo XX quienes logramos conquistar nuestro derecho a la educación, abrimos paso a la universidad y ser reconocidas como médicas, ingenieras, abogadas, artistas y toda clase de profesiones. Nos hicimos espacio en las empresas, como empleadas, directivas, emprendedoras y empresarias. Al principio, nos miraban con desdén, nos pusieron trampas, nos pagaron menos. Y, aun así, seguimos adelante, muchas veces siendo también madres y cabezas de familia.

No quiero, con esto, desdibujar la huella masculina en mi vida. Al contrario, mi padre ha sido la figura más luminosa en mi andar, el faro que ha guiado mis pasos incluso en las noches más oscuras. Mis hermanos, mis hijos, tíos, primos, amigos, compañeros de trabajo, mentores, mi esposo e incluso mi exesposo han sido eslabones esenciales en la cadena de mi historia, muchos de ellos coequiperos incansables en esta lucha por un mundo más justo.

Y aunque me he declarado feminista, jamás lo he hecho desde la idea de supremacía de género, sino desde la certeza de que la divinidad suprema nos ha puesto aquí para complementarnos, para entrelazar nuestras diferencias en una danza perfecta. Somos el cóncavo y el convexo, fuerzas que, bien armonizadas, suman, y cuando encuentran su mejor ritmo, multiplican. Y si alcanzamos la excelencia, entonces nos elevamos más allá de lo imaginable, a la enésima potencia, donde la verdadera magia sucede.

II CUENTOS DE INFANCIA

1. Ricitos de Oro



Un día, en clase, nos leyeron el cuento de Ricitos de Oro. Yo estaba tan cansada que me quedé dormida mientras leían la historia. De repente, uno de mis compañeros, con un toque de travesura, gritó: “¡Aquí mismo tenemos a Ricitos de Oro! ¡Miren, está dormida! ¡Despertémosla para ver qué nos dice sobre los osos!”. Aturdida y medio dormida, comencé a escuchar mi nombre en coro: “¡Ricitos de Oro, Ricitos de Oro!”. Todos me miraban, preguntándome por los osos del cuento. Yo, completamente confundida, no supe qué responder. Así que tuve que leer el cuento en casa para poder darles una respuesta al día siguiente.

Desde entonces, durante todo el kínder, ese fue mi apodo. ¡Ricitos de Oro! Incluso hoy, una amiga cercana, al saludarme, todavía me llama de esa manera. Es tan divertido porque, aunque mi cabello ya no es tan rubio como antes, ni de forma natural (ya está casi blanco) un poco de queratina lo mantiene liso, lo cual me va mucho mejor ahora. Pero esa parte de mi historia, ese apodo tan peculiar, siempre me hará sonreír.

2. Zapatillas de baile

Había un cuento que me fascinaba y hacía volar mi imaginación: el de las zapatillas encantadas. Desde pequeña, mis juegos favoritos giraban en torno a él. Formaba en fila a todas mis muñecas—y tenía muchas, pues mis tías y, en especial, mi hada madrina se encargaban de regalarme las más hermosas—y les preparaba un elegante té. Luego, una a una, las alineaba bajo mi cama, donde mi imaginación había creado una puerta secreta.

Esa puerta nos conducía a un valle oculto, un rincón encantado donde, al pie de unas escaleras, nos esperaban unas zapatillas de baile. El objetivo era claro: cruzar el valle, subir a un bote que nos llevara al otro lado de un hermoso lago y llegar hasta un castillo mágico. Allí, cada noche, se celebraba un baile deslumbrante.

Me soñaba danzando vales interminables al compás de una orquesta encantada, recorriendo el inmenso salón como si flotara. Pero mi fantasía no incluía un príncipe de cuento... No. En mi imaginación, quien aparecía era mi padre.

Lo había visto bailar en las fiestas reales: con mi madre, con sus hermanas, con cualquiera que se atreviera a seguirle el ritmo. Era un deleite verlo moverse con tanta destreza, deslizándose por la pista con una facilidad envidiable. Yo soñaba con crecer, con que él me enseñara a bailar así, con esa elegancia natural, girando y recorriendo la pista en apenas cinco minutos, como si fuera dueño del tiempo y el espacio.

En mi mente de niña, creía que la clave estaba en unas zapatillas mágicas. Solo con ellas podría seguirle el paso...

3. El muñeco Ricardo



Mi hermana nació en Santa Marta, pero no fue registrada allí. Mis padres nunca lograron adaptarse a la vida costeña, donde los trataban como extraños, como cachacos fuera de lugar, ellos no entendían la diferencia, entre rolos y vallunos, todos éramos cachacos. Mi madre recuerda que cuando salía a pasear conmigo, las vecinas le advertían que me cuidara, que podrían echarme mal de ojo. Yo, con mis 4 años y mi porte de reina, me pavoneaba por la playa, mientras las costeñas me miraban y me decían: "cachaca pinchá".

Quizá por esa sensación de no pertenecer, mi padre decidió que el bautizo de mi hermana no se haría allí. Así que emprendimos viaje a Cali. Recuerdo con nitidez mi primer vuelo: aquellos terribles vacíos en el estómago, generados por la turbulencia, como los primeros destellos de mi memoria.

Mi madre, con su talento para la costura, confeccionó con esmero el vestido de bautizo de mi hermana. Y con la tela que sobró, me hizo un pequeño atuendo idéntico para mi muñeco bebé, Ricardo. Para mí, era evidente: si mi hermanita iba a ser bautizada, Ricardo también debía serlo.

Subimos la colina de San Antonio, justo frente a la casa de mis abuelos, y entramos a la iglesia. Pero el cura, con su rictus solemne, se negó a bautizar a mi muñeco. ¡Qué injusticia! Mi rabieta fue tan monumental que nadie pudo calmarme. Mi padre, con infinita paciencia, me sacó de la iglesia y esperó a que terminara la ceremonia. Luego, en un acto de amor y complicidad, tomó a Ricardo en sus manos, lo bautizó él mismo y me lo devolvió. Solo entonces me tranquilicé.

¡Feliz con mi muñeco! Fue mi compañero inseparable durante toda mi niñez.

4. La madrastra



Mi madre quedó huérfana desde joven, y mi abuelo, con el tiempo, volvió a casarse. Así llegó a nuestras vidas Cristina. Yo le tenía miedo, mucho miedo. Quizás influenciada por el cuento de *Blanca Nieves*, pero, siendo sincera, ella tampoco hacía mucho por ayudar a cambiar esa imagen.

La pobre—que en paz descanse—era, a ojos de mi infancia, la mujer más fea que había conocido. Mi madre insiste hasta hoy en decir: “*Pobrecita, era buena gente*”, pero yo jamás la vi así.

Para mí, Cristina era la bruja del cuento, la madrastra de mi pobre y huérfana madrecita. Para empezar, era *cazcorva* y usaba aquellos tacones cerrados y puntiagudos, de tacón aguja, que hacían sonar sus pasos de una forma que a otros podía parecerles graciosa, pero que a mí me aterraba. Su nariz era larga, con un prominente lunar a un lado; sus ojos, pequeños, ligeramente achinados y hundidos; su boca, diminuta, y su risa... absurda. Tendría unos sesenta años, pero para mí corta edad era *vieja*, muy *vieja*.

Y luego estaba su voz... Una voz chillona, casi espectral, que para mí sonaba como salida de ultratumba. Sus manos tenían verrugas, y cuando intentaba acercarse con cariño y me decía: “*Hola, mijita*”, yo solo veía cómo su sombra se cernía sobre mí. Apenas quería posar un beso en mi mejilla, y yo sentía aquellos vellos ásperos, como si no se los hubiera afeitado.

—¡No, no, no! —gritaba, escapando a toda velocidad hacia donde estaban mis primos—. ¡Llegó la bruja! ¡La bruja, la bruja!

Y así se quedó para siempre en mi memoria. Lo siento, pero de ahí no la pude bajar jamás.

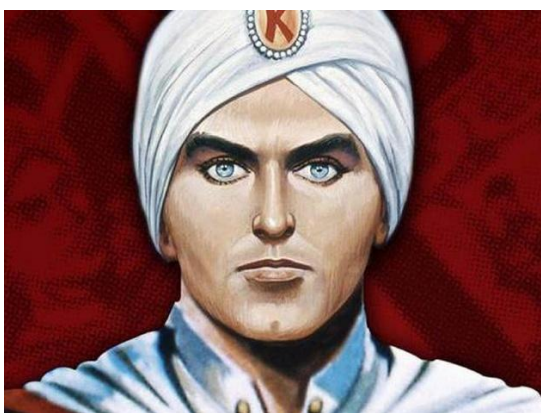
5. La negra Rosa



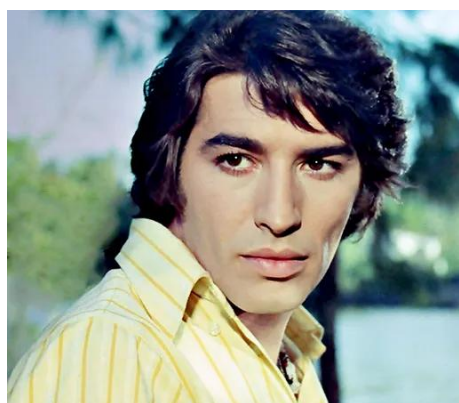
Uno de los personajes más importantes de mi niñez fue mi nana, la Negra Rosa. Trabajó con nosotros durante al menos diez años, viviendo en nuestra casa todo el año y viajando para visitar a su familia en Navidad. Cada vez que regresaba, lo hacía con la misma advertencia: “*Este es mi último año, niña, ya no vuelvo más*”. Su familia la presionaba para que regresara, casarse y tener hijos, como Dios manda. Pero cada enero regresaba.

Fueron incontables las anécdotas con ella, pero una de mis favoritas ocurría cada tarde, justo a las cinco, cuando llegaba corriendo del colegio y me metía en su cuarto. Ese pequeño espacio era mi refugio, mi rincón favorito de la casa, especialmente a esa hora.

Era el momento de *Kalimán* y su fiel compañero *Solín*. Juntas nos sumergíamos en aquella radionovela, dejando que los sonidos artificiales y la narración encendieran nuestra imaginación. Los efectos de la radio nos transportaban: pasos que cobraban vida con zapatos sobre tablas de madera, puertas que crujían con bisagras bien calculadas, el viento que silbaba entre las manos de un locutor. Mi papá, que había trabajado en la radio, nos explicaba cada truco: explosiones, goteos, chasquidos... hasta el estruendo de un disparo podía nacer de un simple golpe bien ejecutado. Fascinados, mi hermano Jaime y yo empezamos a jugar con los sonidos, creando nuestras propias historias.



KALIMAN



SANDRO

Otra imagen grabada en mi memoria es la de Rosa protegiendo a Jaime. Mi hermano era inquieto, inteligente... pero, como dirían en casa, *muy necio*. En aquella época, la disciplina se imponía con el *juete* y mi papá, cinturón en mano, hacía valer su autoridad. Apenas veía la correa salir del cinto, Jaime corría a esconderse tras las faldas de Rosa.

—¡Pero señor, no le pegue al niño, que aún es chico! —suplicaba ella con devoción.

—¡Quítate!, Negra, o ¡vos también vas a llevar también! —respondía mi papá.

Y entonces comenzaba la danza: él lanzando la correa, ella esquivándola mientras protegía a mi hermano con su propio cuerpo. Ojalá hubiera tenido una cámara para grabarlo, pero solo tengo mi memoria para recordarlo... y sonreír.

Y cómo olvidar su sazón. Cocinaba con ese toque inconfundible de la tradición afrodescendiente, herencia de Puerto Tejada. Siempre me trató como a una niña, me enseñó a amar a Sandro de América y hasta me hizo creer que su emblemática canción *Rosa, Rosa* había sido compuesta para ella. Y yo, por supuesto, lo creí. Amaba a mi Negra como a una segunda madre.

Dejé de verla en mi adolescencia, cuando finalmente la convencieron de casarse y formar una familia. La última vez que la vi fue, sin saberlo, nuestra última anécdota. Yo acababa de

dar a luz a mi segundo hijo y ella vino a visitarnos. Me encontró recién parida, con el cabello alborotado y el cuerpo cambiado por la maternidad. Me miró con la sinceridad de siempre y, con su inconfundible acento porteño, soltó sin filtro:

—Niña Martha Lucía, ay... usted que era tan linda, ¿por qué se volvió tan fea? —¡Me mató!

En su momento, me traumatizó. Hoy, solo puedo reír al recordarlo. Nunca más supe de ella, pero la llevo conmigo, en mis recuerdos más entrañables, con todo el amor del mundo.

6. Mi hermano Jaime



Mi hermano, que en paz descanse, fue mi primer compañero. No recuerdo su nacimiento, tenía dos y medio años, pero sé que fue un momento crucial para mi padre. Yo fui su ñaña, su primogénita, pero el nacimiento del primer hijo varón siempre tiene un significado especial para un hombre.

Mi padre ya estaba en Santa Marta cuando mi madre, con un embarazo avanzado, decidió quedarse en Cali con su hermana mayor y conmigo. Fue allí donde nació mi hermano. Cuando la noticia llegó a mi padre, él respondió con un telegrama: **“Como madre has cumplido”**. No perdió tiempo en viajar para conocer a su hijo.

Mi madre, aun recuperándose, miró a su bebé con ternura, pero un detalle le llamó la atención. Con curiosidad y algo de inquietud, observó que tenía las bolitas oscuras. Extrañada, le preguntó al médico si aquello era normal. El doctor sonrió con tranquilidad y le respondió:

—Señora, no se preocupe. Solo significa que su hijo no será tan blanco como usted.

Fue en ese instante cuando mi madre entendió algo que hasta entonces había permanecido en las sombras: mi padre tenía ascendencia negra. La mulata Candela, su abuela, hija del negro Tomás de la hacienda **La Floresta**.

¡Algún día leerás mis novelas y sabrás la historia!

Mi hermano resultó ser un niño inquieto, curioso y terriblemente inteligente. Demasiado, quizás, para unos padres que no supieron cómo manejar aquel torbellino de ingenio. Tristemente, en lugar de estímulo, lo que recibió fue castigo. Juete fue lo que le dieron a mi negro picante, como solían apodarlo mis tías. Y vaya que dio lora, toda la que pudo y más.

Uno de los juegos más extraños de mi madre era poner un cenicero de plástico en equilibrio, con la absurda esperanza de que él aprendiera a no tirarlo. Cada vez que lo hacía caer, le daba una palmada en las manos. Pero mi hermano, lejos de amedrentarse, encontró un desafío en aquello.

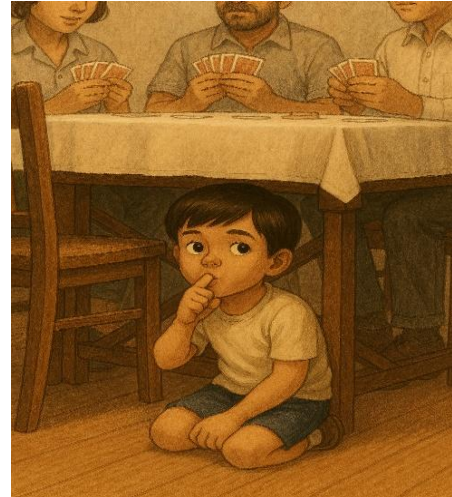
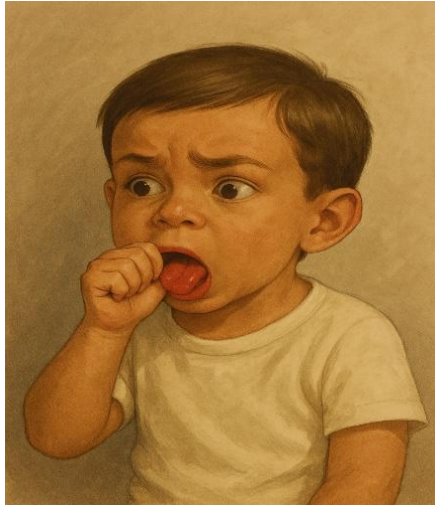
Montado en su caminador, tras cada regaño, enfilaba con decisión... y a toda velocidad se lanzaba directo a tumbarlo de nuevo. Una y otra vez. Su risa, su terquedad, su manera de retar las reglas sin miedo... ya anunciaban el espíritu indomable que lo acompañaría toda la vida.



Mi hermano tenía la costumbre de chuparse el dedo pulgar, un hábito que desesperaba a mi madre. Intentó de todo para quitárselo, pero mi hermano, testarudo como siempre, encontraba la manera de seguir con su vicio.

Le untó ají picante en el dedo, convencida de que así lo dejaría. La primera vez, él sacó el dedo rápidamente, frunciendo el ceño y sacudiendo la mano. **“¡Cómo pica esto!”**, parecía decir su cara. Pero en lugar de rendirse, hizo una pausa, miró su dedo con detenimiento, sopló un par de veces... y sin más, se lo metió a la boca otra vez.

Mi madre no se daba por vencida. Le cerraba las mangas de la pijama para impedirle el acceso, pero él, con la paciencia de un estratega, se quitaba la pijama en cuanto podía y volvía a su hábito. **Nada funcionó.**



Los años pasaron, y aunque dejó de hacerlo en público, el vicio nunca lo abandonó del todo. Incluso de adulto, cuando la ansiedad lo atrapaba, buscaba un rincón discreto para calmarse de la única forma que siempre le había servido: chupándose el dedo.

Mi negro quería saberlo todo. Nada se le pasaba por alto. Su curiosidad no tenía límites y tampoco le bastaba con las explicaciones de los adultos: él quería investigar por su cuenta. Se escondía para escuchar lo que hablaban los mayores, convencido de que en sus conversaciones se escondían secretos fascinantes. No se tragaba ningún cuento sin antes diseccionarlo.

Cuando mis padres jugaban cartas con su grupo de amigos, él urdía su plan con precisión. El comedor tenía como soporte un caballete, y antes de que llegaran los invitados, se metía dentro y se quedaba allí toda la noche, inmóvil, con los oídos atentos. Su única misión: escuchar y memorizar cada chiste, cada comentario, cada broma. A la mañana siguiente, entre risas, me lo contaba todo, con lujo de detalles. Eso sí, con el cuerpo adolorido, quejándose de las costillas y la columna, pero satisfecho por haber completado su misión secreta. Porque para él, nada era más valioso que la verdad... y un buen chiste bien contado.

Por ahora terminaré con la anécdota del **Niño Dios**

En nuestra infancia, la noche del 24 de diciembre tenía su propio ritual mágico. Nos acostaban temprano, y lo hacíamos sin protestar, porque sabíamos que, al despertar como por arte de magia, los regalos aparecerían al borde de nuestra cama. Nos decían que era el Niño Dios quien nos los traía, siempre y cuando nos hubiéramos portado bien durante el año.

Antes de Navidad, nos hacían escribirle una carta con nuestros deseos, una tradición que, pensándolo bien, no era más que una forma de coacción para asegurarse de que, al menos en diciembre, nos comportáramos como angelitos.

Pero mi hermano Jaime, ya no se tragaba ese cuento. Además, le fastidiaba la idea de tener que portarse bien solo para recibir un regalo especial. Así que una Nochebuena, con su picardía habitual, me propuso un plan:

— Hagámonos los dormidos y veamos cómo es el Niño Dios, a ver qué pasa...

Yo, sin pensarlo mucho, acepté. Él siempre era el cerebro detrás de todas las travesuras en casa—y vaya que fueron muchas. Pero, inevitablemente, el sueño me venció. Yo sí creía en el Niño Dios, y mi inocencia no tenía ningún problema con ello.

Al día siguiente, Jaime me sacudió para despertarme, con una mezcla de emoción y revelación en su voz:

—¡Martha, Martha! ¡Ningún Niño Dios ni qué ocho cuartos! ¡Era mi papá en calzoncillos, poniendo los regalos a la orilla de la cama!

Y así, de un golpe, la inocencia se hizo añicos.

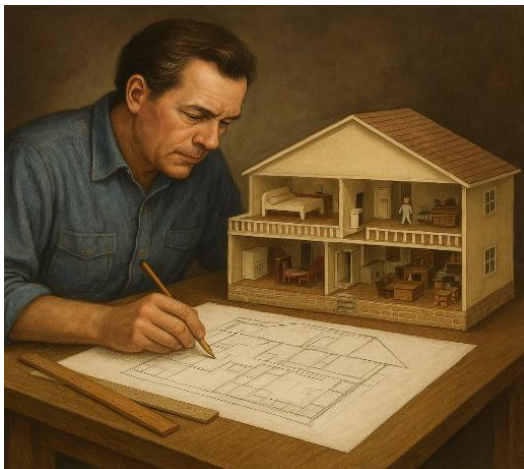
Hermano querido ¡Dios te tenga en su gloria! Que allá hayas descubierto todos los secretos, encontrado todas las verdades. ¡Te amaré por siempre!

7. La casita de muñecas



El mejor regalo de Navidad que mi hermana y yo recibimos fue una casita... No, ¡qué digo casita! Era una majestuosa casa de muñecas, construida con amor y paciencia por las manos de nuestro padre. Durante meses trabajó en secreto, diseñando cada rincón en un cuarto donde no podíamos entrar. Mandó a hacer una maqueta de madera con una gran sala-comedor, una escalera que llevaba a un segundo nivel, cocina, cuarto de empleada y un pequeño patio que rodeaba toda la casa. Arriba, una espaciosa habitación, un baño con diminutos baldosines y una terraza con muebles tejidos como los de la época.

Pero lo que la hacía única no era solo su estructura, sino los detalles. Mi padre amobló cada habitación con dedicación: cuadros con papel madera y cuerda, un televisor con imágenes en movimiento, lámparas, una ducha que él mismo ideó. Hasta la Negra Rosa tenía su cuarto con su escoba. Muñecos a escala, un ventilador en el cuarto de las camas, armario, tocador, mesa de noche... No faltaba nada. Cada espacio rebosaba de magia y cariño.



Aquella mañana del 25 de diciembre fue inolvidable. Despertamos para descubrir aquel tesoro, una auténtica obra de arte. Durante semanas nos dedicamos a explorar cada mínimo detalle, descubriendo sorpresas en cada rincón. Nunca tendré palabras suficientes para agradecer a mi padre su dedicación, su amor plasmado en cada esquina de aquella casa de muñecas

Pero el tiempo es caprichoso y los recuerdos, frágiles. Un día, volví del colegio y mi preciada casa de muñecas... había desaparecido. Mi madre, considerándola un estorbo, decidió regalarla sin previo aviso. Mi corazón se rompió. Soñaba con guardarla para mis hijas, para futuras generaciones, pero en un abrir y cerrar de ojos, supe que nunca volvería a verla.

Ese día también se fue mi querido muñeco Ricardo.

Lloré. Me dolió. Y aún hoy, en lo más profundo de mi corazón de niña, hay una herida que nunca le ha terminado de perdonar.

8. Pior es nada

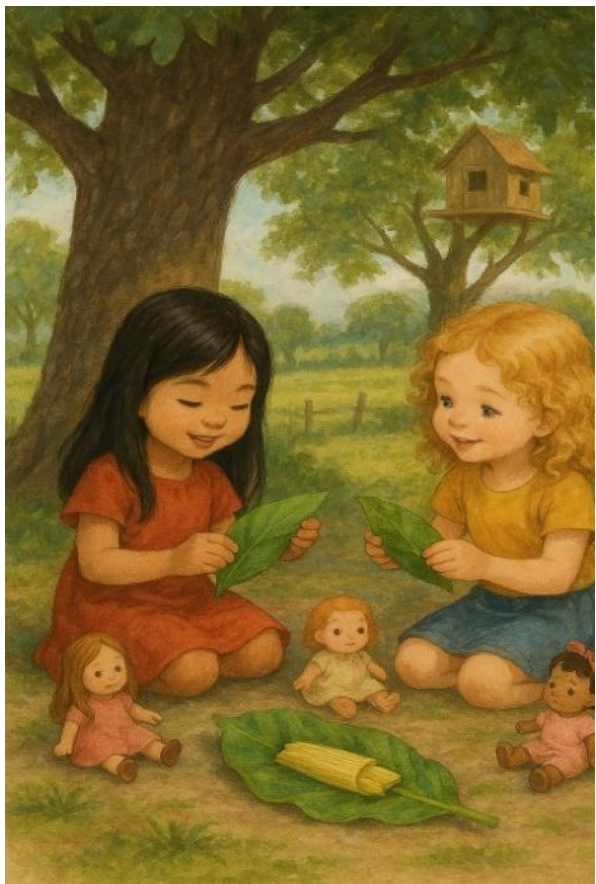
Los fines de semana de mi infancia no tenían nada de extraordinario. En aquella época, los paseos de olla estaban de moda: viajes en carro hasta un río, donde se armaba un fogón y se cocinaba en una gran olla. Pero a veces ni siquiera eso.

El patio de nuestra casa era grande, y mi papá, con su ingenio inagotable, ideó una versión casera de esos paseos. Lo llamaba *paseo en casa*. Montaba un fogón de leña en la parte trasera, colgaba una manguera de la última pared como si fuera una cascada, nos poníamos el vestido de baño y ese se convertía en nuestro domingo perfecto. Nos divertíamos como si hubiéramos ido a algún lugar lejano y exótico. "*Pior es nada*", decía mi padre con su sabiduría sencilla y práctica.



El patio de nuestra casa era grande, y mi papá, con su ingenio inagotable, ideó una versión casera de esos paseos. Lo llamaba *paseo en casa*. Montaba un fogón de leña en la parte trasera, colgaba una manguera de la última pared como si fuera una cascada, nos poníamos el vestido de baño y ese se convertía en nuestro domingo perfecto. Nos divertíamos como si hubiéramos ido a algún lugar lejano y exótico. "*Pior es nada*", decía mi padre con su sabiduría sencilla y práctica.

Un día, les contó su idea a nuestros vecinos, los Roncancio, quienes también eran nuestros mejores amigos. Sus hijos tenían edades similares a las nuestras. Don Álvaro, el padre, era arquitecto—de hecho, había diseñado nuestra casa. Siempre lo recordaré por su amor al tango y sus historias sobre Chile, donde había estudiado.



Fue él quien compró un terreno a las afueras de Tuluá, y así empezamos a pasar los domingos allí. El lugar, en sí, no tenía mucho: algunos árboles y un riachuelo. Pero en nuestra imaginación, era un paraíso. Construimos una casa en el árbol para nuestros juegos, nuestras madres organizaron un rincón especial para el fogón de leña, y nuestros padres... bueno, ellos se deleitaban con aguardiente y tangos. Marilú la mayor de ellos y yo jugábamos a armar tamales con hojas de los árboles para nuestras muñecas, los niños jugaban con piedras y ranas, era un mundo donde la diversión se creaba con lo que había a la mano.

Aquel rincón improvisado terminó por recibir un nombre, el único que le hacía justicia: **PIOR ES NADA**

9. Martha la reina y sus primos



Durante muchos años fui la única niña de mi familia en Cali. Era la reina entre todos ellos, y así me trataban. Desde que nací me apodaron “Martha la Reina” y, por supuesto, yo me lo creí. Mis tías me organizaban reinados caseros: me vestían con corona y cetro, y me enseñaron a caminar y pavonearme como toda una soberana. Estaba tan convencida de mi título que juraba que mis primos debían rendirme pleitesía, y pobre de aquel que me hiciera pasar un mal rato, porque de inmediato iba a poner la queja.

Entonces ellos murmuraban entre dientes: “¡Hum! Como no se puede ni tocar a Martha la Reina... de pronto se derrite.

Mi tía madrina—la hermana mayor de mi papá— estaba casada con un hermano de mi mamá. Ellos tenían tres hijos varones, pero mi tía soñaba con una hija. Por eso le rogó a mi mamá que la dejara ser mi madrina, y volcó en mí todo ese anhelo de tener una niña. Me consentía como a nadie: me rodeaba de juguetes, me regalaba muñecas traídas de todas partes del mundo, cada una con trajes típicos de su país. Tenían dinero —eran los “ricos de la familia”— y viajaban mucho, así que cada vez que regresaban, aparecía una nueva muñeca en mi colección. Yo la llamaba “mi hada madrina”, porque no había deseo mío que ella no hiciera realidad. En mis cuentos y mi imaginación, ese fue su título oficial.

Sus hijos, mis primos “hermanos dobles”, eran tres personajes muy distintos. El mayor, Chucho, fue siempre un caballero: juicioso, callado y sereno, tanto de niño como ahora. Carlos, el segundo, era el polo opuesto: travieso, creativo, el autor intelectual de todas las pilatunas. Se convirtió en el mejor amigo de mi hermano Jaime; eran uña y mugre, tal para cual. El menor, mi Gugui, era el consentido. Travieso también, pero tan solapado que, como siempre culpaban a Carlos, él siempre salía bien librado.



Mi primo favorito siempre fue Juancho, hijo de la hermana mayor de mi mamá. Seis meses menor que yo, tenía el cabello rubio como el sol, razón por la que los mayores lo llamaban 'mono'. Como siempre nos hospedábamos en su casa cuando visitábamos Cali, compartíamos techo, juegos y secretos. No tenía abuelas, así que llamaba 'abuela' a nuestra abuela paterna, quien, con mucho amor, lo trataba como si realmente lo fuera. Para mí, era más hermano que primo. Hasta hoy, sigue siendo mi confidente, mi refugio en los momentos difíciles... y, como psicólogo clínico, también quien me ayuda a poner la mente en orden; la loca de la casa a veces se descarría...jajaja...

La hermana menor de mi mamá, mi tía Lucy, en cambio, se casó a escondidas. Nadie quería al novio, y con razón: mujeriego y medio alcohólico, le dio una vida muy dura. Pero también le dio cuatro hijos, a ese momento: Diego, Javier, William y otro Chucho. A veces también llegaban los hijos de otro hermano menor de mi mamá Julián y Armando.

Por el lado de mi papá, la siguiente hermana en casarse tuvo un hijo varón, Tavo. Así que ese era mi séquito: ¡diez y hasta doce príncipes para una sola reina! Jajaja... Así transcurrieron mis primeros seis-siete años de vida: entre coronas, reinados, muñecas, y la dicha de sentirme la única y auténtica Martha la Reina.

Además de mis ínfulas de reina, tenía otro talento que me aseguraba el centro de atención: cantar y recitar. En cada reunión familiar, armábamos una velada nos subíamos en una mesa —un escenario improvisado— y desplegábamos todo un repertorio. Aquella simple superficie se transformaba en un escenario digno del Teatro Jorge Isaac, donde yo abría la boca para declamar un poema o entonar una canción. Con voz firme y teatral, recitaba versos como si me fuera la vida en ello, y cuando cantaba, ¡ay, cómo cantaba!, lo hacía con alma, entrega y convicción; mis primos eran mis coristas, mis escuderos en ese reino de fantasía. Tavo, con su talento natural, se metía en la piel de Rafael, moviendo los brazos dramáticamente, como el mismísimo cantante español. Y los hijos de mi tía Lucy completaban la función con trucos de magia que nos hacían creer —aunque fuera por un instante— que todo era posible. ¡El show estaba garantizado! Éramos niños, sí, pero sabíamos montar un espectáculo inolvidable. Y yo, por supuesto, al centro de la escena, convencida de que los aplausos eran para mí... porque sí, lo eran.



Una de las épocas más felices de mi infancia fue cuando vivíamos en Santa Marta, en la bahía más linda de América. Aquello no era solo una ciudad... era un paraíso compartido. Y como si el mar llamara a la sangre, toda la familia —la de mi mamá y la de mi papá— hizo romería para visitarnos. Cada festivo era una excusa perfecta para que alguien llamara y dijera: “¡vamos para allá!”. Y allá llegaban, cargados de abrazos, risas y anécdotas.

Mi papá, siempre previsor, tenía un carro contratado para hacer el recorrido obligado con cada grupo de visitantes. Era casi un ritual: la histórica Quinta de San Pedro Alejandrino, luego un almuerzo inolvidable donde doña Franca, que servía el mejor pescado de la bahía. Después, una parada mágica en Punta Betín, con su vista insuperable del atardecer sobre el mar. Y claro, El Rodadero para el día de playa, fiestas en el club... y mucha rumba. Santa Marta era el escenario perfecto y mi casa, el epicentro de todas esas celebraciones.

Y entre todo eso, yo. Porque sí, no puedo negarlo, era la estrella del espectáculo. Cada visita era una nueva ovación. Me cantaban mi canción: “Era Martha la reina que en mi mente soñaba” —¡y cómo me encantaba! —, me decían cuánto había crecido, cuán hermosa estaba. Y claro, además de cantar, también bailaba la cumbia como toda una samaria. Movía las caderas con ritmo y gracia, y todos quedaban encantados con el show

Pero hubo una visita que me marcó especialmente: la de un hermano de mi mamá que vino desde Bogotá. Venía acompañado de su hija, Claudia, una niña un poco mayor que yo. ¡Por fin una prima con quien jugar! Era un verdadero acontecimiento. Y yo, en mi mundo de fantasía, creí que era japonesa. ¡Imagínense! Claudia me parecía exótica, fascinante, diferente. Tenerla allí fue como si mi universo se expandiera de golpe, una revelación. También hemos compartido momentos de vida adulta y algunas sesiones de psicología.



Aquellos días en Santa Marta están pintados en mi memoria con los colores del sol, el mar, la risa y la música. Una infancia donde el amor de familia era el viento que nos empujaba hacia la felicidad.

Mi otro primo muy querido fue Rodrigo, mi Gugui, el más mimado, el más cariñoso de todos, le encantaba que le rascaran la espalda, su risa siempre la evoco en la memoria, mis tíos en el afán de sus negocios los dejaron a cargo de las empleadas e ingreso en el difícil mundo de las adicciones, cuando los tíos se dieron cuenta hicieron lo posible e imposible para rescatarlo, fueron muchos intentos. Varias veces lo recibimos de visita parecia rehabilitado, con la misma ternura y el temperamento cariñoso de siempre. Un día nos llamaron a contarnos que había partido.

Te llore mi amado Gugui y te llevo en el corazón junto con mi hermano, Jaime los dos que partieron antes de tiempo!



10. Mis hermanos



Tuve tres hermanos. Ya hablé de Jaime — que en paz descansé—, el mayor. Luego vino mi hermana, a quien nombre en el bautizo de mi muñeco: “La Nena”. Le llevo tres años y medio, pero, para mi buena suerte, su llegada no amenazó mi reinado.

Mi hermana, al nacer, era feíta... y aunque suene cruel, eso me dio tranquilidad. Cada vez que alguien visitaba a mi mamá y soltaba un “qué pesar, esta sí salió feíta”, un fresquito me recorría el cuerpo. ¡Imaginen hasta dónde puede llegar el egoísmo y la vanidad infantil! Yo era un pequeño monstruo, ¡por Dios! Pasaba al lado de mi hermanita y la pellizcaba para que llorara.

Mientras mi madre se dedicaba a cuidarla, yo me aferraba a mi papá. Me sentaba en sus piernas y no me bajaba de ahí por nada del mundo. Esa niña fea no iba a destronarme, ¡no señor! Yo era la ñaña de mi papá, y de ahí nadie —pero nadie— me iba a bajar.

Mi reinado continuó sin obstáculos... por entonces fui, sin duda, la peor hermana del mundo. ¡Que Dios me perdone! Mi hermana lo hizo ¡gracias a Dios!

Pero con los años todo cambió. Mi hermana, que nació frágil y calladita, se convirtió en una mujer impresionante: alta, con un porte de reina, un cuerpo espectacular, piel bronceada, juiciosa, serena, una excelente ama de casa. Ella me ayudó a cuidar a mi hija cuando la traje de Odessa. Es la madrina de mis hijos varones y la mejor tía que ellos pudieron tener. La que llegó a ser reina ¡fue ella! Yo bueno... me quedé bajita, gordita y ¡muy rebelde! ¡La vida da muchas vueltas!



Y el menor de todos, mi hermanito, Fabio fue el niño consentido de la casa. Nació en Tuluá, y su nacimiento es el único que recuerdo con nitidez. Mi padre llevó a mi madre a la clínica y me dejó encargada de “cuidar a mis hermanitos”, era la ñaña, la hermana mayor, la que cuida. Me acosté en su cama y me quedé dormida. Al día siguiente, mi papá regresó y, cuando le pregunté, me dijo que la cigüeña me había traído un hermanito, envuelto en un cordón. Con el tiempo supe que mi mamá había tenido un parto difícil: mi hermano se había enredado en el cordón umbilical.



Desde que lo vi, me cautivó. Era hermoso. Despertó en mí un instinto maternal que no conocía. Se convirtió en mi muñeco de carne y hueso. Tomé tetero hasta el mismo día en que él dejó de hacerlo. En las noches me acostaba a su lado y los dos compartíamos ese último ritual antes de dormir. Lo llamábamos Fayito: el niño de la casa. El pintoso de mi papá. ¡El consentido de todos!

Hasta hoy ¡el niño de mi mamá!

Después de un tiempo, mi tía Lucy se separó y comenzó a trabajar. La incertidumbre la inquietaba: dejar a su única hija mujer en casa, rodeada de sus cinco hermanos varones, le parecía arriesgado. Así fue como Patricia llegó a vivir con nosotros. No tardó en convertirse en algo más que una prima para mí; era una hermana, una cómplice.

Paty y yo compartíamos una conexión especial. Cuando mis padres salían a fiestas, juegos de cartas o bolos, el mundo parecía detenerse para nosotras. Esperábamos pacientemente a que los demás cayeran en el sueño profundo de la noche, y entonces, con sigilo y emoción contenida, nos deslizábamos hasta la cocina. Allí, en aquel santuario nocturno, freíamos carne y plátano como si fuese un festín clandestino. El solomo, reservado exclusivamente para mi padre, se convertía en nuestro pequeño y delicioso acto de rebeldía. Mientras él disfrutaba de sus filetes perfectos, a nosotros solo nos daban carne picada. Pero cuando se

marchaban, el ritual comenzaba: sacar un filete de su reserva secreta y compartirlo entre las dos. Era nuestro secreto, nuestro triunfo silencioso.

Hasta aquella noche, por alguna razón se adelantaron en llegar. El ruido del carro nos heló la sangre. No habían terminado de cocinarse los plátanos, la carne aún chisporroteaba en la sartén. Nos miramos con terror antes de reaccionar. Apagamos la estufa de golpe, arrojamos los plátanos a medio cocer y la carne dentro de una bolsa, escondiéndola en el closet con la rapidez de quien oculta un crimen. Luego, corrimos a la cama y nos hicimos las dormidas, los corazones latiendo como tambores de guerra en el pecho.



A la mañana siguiente, la bolsa seguía allí, como testigo silencioso de nuestra travesura. No sabíamos qué hacer con ella. Los ojos de Paty reflejaban la misma incertidumbre que los míos. Y, aunque el destino de aquella bolsa se haya borrado de mi memoria, el sabor de aquella noche—mezcla de adrenalina, complicidad y carne robada—sigue tan vivo como entonces. Muchas veces Paty y yo al encontrarnos recordamos aquella anécdota y nos reímos, ¡no nos quedaron más ganas de robarnos más la carne de mi papá!

Si pudiera resumir en una palabra a cada uno: La picardía de Jaime, el temor de la Nena, la complicidad de Paty, la ternura de Fayito... Y yo, ahí, en medio de todos, mirando, riendo, aprendiendo a vivir con cada travesura, con cada susto, con cada abrazo, con cada juego y hasta en cada llanto.

Hoy, esos recuerdos me acompañan como un tesoro invisible, tejido con hilos de amor, de familia, de esos días que no sabíamos que estábamos viviendo por última vez. Y aunque la vida nos haya llevado por distintos caminos, sé que, en el fondo, siempre volvemos a esa casa —la que mi papá construyó con tanto amor, que supervisaba día a día, mostrándonos cada avance, diseñando cada rincón, cada mueble—; a ese diciembre que comenzaba, sin falta, cada primero a las seis de la mañana, con mi papá despertándonos con villancicos porque empezaba el mes más esperado del año; a esas coladas de Maizena de varios sabores; al cuento que nunca se contó —ese, el de la gallina nana y el gallo cantor— pero que igual nos hizo soñar; a los vestidos diseñados por mi madre con tanto amor... incluso a

las peleas, en las que mi papá le enseñaba a Jaime que a la mujer no se toca ni con el pétalo de una rosa.

Y también están los recuerdos difíciles... Como cuando la Nena se cayó en el baño y aterrizó sobre un vaso de vidrio que se había roto minutos antes. Recuerdo a mi padre corriendo, envolviéndola en pañales de Fayito, y llevándola de inmediato al hospital. Esa cicatriz, aún visible en su cadera, nos recuerda la lección que quedó grabada para siempre: nunca tener nada de vidrio en un baño. O los moñitos de gasa que casi siempre llevaba Jaime en la cabeza —uno por cada chichón, cada travesura que acababa en puntos. O aquella vez en que casi se ahoga con una semilla de mamoncillo... Mi papá gritaba desesperado y mi madre, con esa calma que da el amor, metió su dedo y sacó la pepa. Jaime volvió a respirar.

Cuando a Paty la atropelló aquel bus, el miedo, el llanto...Y cómo olvidar las enfermedades que pasaron por la casa como parte de la infancia: hepatitis —que, aunque peligrosa, nos gustaba porque nos daban manjarblanco—, y todas aquellas que nos obligaban a aislarnos: paperas, varicela, gripes, incluso tifoidea... Reacciones a vacunas, fiebres largas, noches en vela. Hasta cuando me sacaron las amígdalas. Pero todo fue vivido con amor. Con los cuidados atentos y dulces de mamá y la negra Rosa. Y, claro, con la preocupación silenciosa y a veces torpe, pero inmensamente genuina, de papá.

Porque los recuerdos de infancia no se olvidan. Se guardan en el alma. Y cuando uno los necesita, vuelven... como una canción de cuna que abraza...por toda la vida.

